

LA GUERRA: UNA EXPERIENCIA SIN FIN

María Clemencia Castro*
Universidad Nacional de Colombia.

1. LA TURBULENCIA DE LA GUERRA

La guerra es bien conocida por el despliegue y la parafernalia de tropas y suministros que encuentran un soporte en argumentos y estrategias. Pero, guardando las diferencias propias de cada época, se la descifra en su más amplia y plural implicación. Puede esclarecerse entonces que, más propiamente, la guerra es la escena del combate y los enfrentamientos entre quienes portan un uniforme, toman las armas y se involucran en los fuegos cruzados. Así mismo, la guerra es el comando que ordena y oficializa una ofensiva y organiza una estrategia y, a la vez, es el eco de múltiples voces que hacen un llamado exacerbante para arrasar a la contraparte. Es también la mirada que se fascina en su exhibición o que instala ante el horror en una parálisis silente (Castro, 2005a). La conflagración bélica es incluso la mirada ciega (Traversa, 2001) de quienes se enuncian ajenos y guardan la distancia, pero que en la indiferencia la toleran, haciéndose cómplices en su condescendencia. La guerra es, además, la objeción radical al desafío bélico por parte de quienes hacen de ello una causa, orientando a nuevas militancias que comprometen también apuestas de la vida, a nombre de la paz.

Así, inevitablemente todos los integrantes de un conjunto social quedan envueltos en el torbellino de la guerra (Freud, 1976a), atrapados en un empeño que convoca la muerte, condenados en un círculo infernal. Inclusive los Estados, que en los tiempos de paz cumplen la función de organizar la vida social y de regular

y restringir el ejercicio de la violencia, en el tiempo de la guerra no reparan en atizar el encono y en convocar a la lucha exacerbada.

Cada parte perfila sus motivos y esgrime razones para enunciar la justeza de su causa, en un intento de solución que contrapone cuando la palabra ha perdido su función mediadora y su posibilidad de favorecer el pacto. Pero esencialmente se trata de un impasse radical en lo social que conmina a definir nítidamente al oponente, a hacer de un semejante un enemigo.

En los móviles que convocan a unos y otros a ofrecer su respaldo a la contienda bélica y a justificar su envite, se perfilan claras diferencias que perfilan a las partes contrapuestas. Pero, más allá de sus argumentos, tan trascendentes como disímiles, todos tienen un punto de profunda semejanza: la condescendencia con la muerte y, en particular, el consentimiento para que se proceda a matar a otro (Castro, 2005a).

Unos obran con “mano propia” encarnando directamente su vínculo al comando mortífero y se instalan en lo real de la guerra; como combatientes empuñan las armas, exponen la vida y protagonizan el encuentro de los cuerpos. Otros se amparan en las novedades tecnológicas para actuar a la distancia, en el intento de eludir el encuentro de las miradas y la sangre. Muchos se asientan en el lugar de mando o la secundan con su aval y patrocinio, en una función que también los compromete de modo trascendente.

Si bien algunos alcanzan a expresar su resolución y su embeleso por la apuesta guerrera, muchos más acuden a otro para cumplir el empeño; unos como “amos de la guerra”, otros ofreciéndose a su servicio, como formas distintas de someterse al mandato mortífero

Correo electrónico: maclecastro@hotmail.com

* Psicóloga Psicoanalista, Profesora Titular del Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia, vinculada al Grupo de Investigación *Psicoanálisis y Sociedad* de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura. Investigadora de la Línea de *Psicoanálisis, Violencia y Guerra*.

Recibido: 26 de junio de 2006

Aceptado: 15 de agosto de 2006

haciendo de la guerra su amo. Unos y otros encontrarán la ocasión de su fabricación subjetiva, pretendiendo actuar por interpuesta persona, es decir, aduciendo hacerlo por encargo o en provecho de otro, como un modo de velarse en su implicación y de deslizar su responsabilidad (Castro, 2005a).

Aquellos que acceden al lugar de combatientes y de estrategias, llegan atendiendo a la defensa de un régimen, a operar donde éste es fallido o a congregarse en la rebeldía y la oposición. A partir de allí, se pretenden resguardados en la legitimidad de su causa y en el fuero que les sirve de soporte.

Quienes no toman partido en la contienda no tienen ocasión de ampararse en las armas ni en el respaldo y la fuerza que puede otorgar la adhesión a una causa. Más aun, llevan la peor parte cuando quedan en medio de los fuegos cruzados y se enfrentan a la exigencia de apoyos y demostraciones de solidaridad a una u otra de las partes en conflicto, haciéndose infructuoso el intento de mantenerse al margen.

2. LA ESCENA BÉLICA

La contienda bélica es caracterizada por el gran teórico castrense de la época moderna, Kart von Clausewitz, como pulsación de violencia que cual camaleón en cada caso logra sus mutaciones. De modo más preciso, este autor cuya actualidad es ampliamente reconocida por los estudiosos y estrategias de la guerra, esclarece que su sustrato se descifra en el elemento humano que la constituye (Clausewitz, 1992). Esto convoca a dilucidarla en el posicionamiento subjetivo que implica a cada quien en su deseo y en su goce, como un modo de referir a la pasión constitutiva de la conflagración bélica, en su alarido estrepitoso, en su grito sordo, en su murmullo.

Si bien la guerra se propone someter al adversario y derrotar su apuesta, tiene a la violencia como su punto excelso en un acto que se fragua en el encuentro sostenido de muchos. Precisamente, tal como lo plantea Bouthoul, lo más chocante de la guerra es su carácter colectivo (Bouthoul, 1971). La principal invitada de la contienda bélica es la muerte; a ello orientan todos sus preparativos y estrategias y su realización inevitablemente implica la hazaña que se regodea en el cuerpo. A cuenta de una causa, el semejante pierde su posibilidad de existencia, adquiere el estatuto de objeto degradado, deviene "objetivo militar", permitiéndose sobre él los desvaríos (Castro, 2005c).

La contienda bélica es derroche y ostentación, provoca la insensibilidad del cuerpo y sus proezas. Logra estrechar los vínculos, la solidaridad y la cohesión y convoca al sacrificio. Es estética de ornamento, cantos, paradas, donde el combate mismo es espectáculo. Introduce lo imprevisto y es fuente incomparable de emociones. Por esto mismo, algunos autores han llegado a homologarla a la fiesta (Bouthoul, 1971). De modo más preciso, puede caracterizarse como la fiesta de la muerte.

Se la descifra entonces como la ocasión del exceso y el desborde (Castro, 2001). Allí la violencia pierde su arbitrariedad para instalarse como derecho, adjudicándole siempre una justificación. Articulada a una causa enaltecida, circunscrita dentro de una cierta reglamentación, el colectivo se autoriza, diluyendo la responsabilidad individual. Se atribuye la violencia sólo del lado del adversario y se está presto a denunciar sus actuaciones y a endilgarle la desmesura y la injusticia.

La guerra convoca al trastocamiento de valores en su llamado a la violencia y al destroz; avala la ocasión de dar muerte a otro y convierte en actor de muerte a quien se implica en ella. Así, se alteran las regulaciones éticas, se suprime el reproche y a la vez se instiga; implica la subversión de las reglas morales, el levantamiento de prohibiciones, el desplazamiento de los límites. Trasgrediendo lo sacro de la vida, configura un nuevo universo moral (Castro, 2005c).

Para cada uno involucrado en ella será una ocasión privilegiada que, en el despliegue de la altivez y la osadía, implica la ofrenda de la vida, exponiéndola al riesgo y al peligro como acto de altruismo y de abnegación. Dada la extrema exigencia de fortaleza y resistencia, de arrojo y entusiasmo, la actividad bélica ha requerido en especial de los jóvenes; demanda las juveniles destrezas y, a la vez, los convoca deslumbrando. En una vitalidad inigualable, anuda en la omnipotencia de las armas a quien sin miramientos se instala en un comando sobre la vida y la muerte, para decir luego del deber cumplido, y en el desmentido de la muerte que tras la pervivencia de una causa encuentra la vía de la inmortalidad.

En cuanto la vida se expone para ser arriesgada, es decir, ante la máxima apuesta de la vida que implica la cercanía de su fin, ésta logra adquirir su sentido pleno y alcanza su esplendor inigualable. A la vez, en el punto donde se la expone, paradójicamente, no vale nada. Como dice un combatiente, "... vale un tiro de fusil, o sea, \$500..." (Castro, 2005a).

Así, más allá de formular la guerra como un fenómeno social, puede esclarecerse que se trata de un discurso, pues especifica un lugar y estructura un modo de lazo social organizado a partir del llamado a dar muerte, esto es a dar la vida y a la vez a segarla (Castro, 2005b). La guerra es discurso de la muerte y encuentra en la violencia su magnificencia. Su mandato conmina “mata”; su eco resuena “muere” (Castro, 2001). Nada más arduo y penoso que la guerra y a la vez más seductor, donde el sujeto se sitúa derivando un beneficio de su presunto poderío sin límite.

El discurso de la guerra, brinda al sujeto la posibilidad de inscribirse a título de combatiente de una causa, como ocasión de hacerse a un lugar en lo social (Castro, 2005c). Se ocupa un lugar, como una inscripción en el orden simbólico, en una función que permite instalarse en el enaltecimiento y a la vez obliga y subyuga; de allí deriva la grandeza y la servidumbre militar. La elección guerrera es entonces la apuesta por un nombre en el cual el sujeto se subsume, ofrendando la vida.

Hay un despliegue sin fin de motivos que pueden animar a vincularse como combatiente, un universo de posibilidades, desde las más altruistas hasta las más prosaicas, unos móviles que se expresan en voz alta y otros que se silencian (Freud, 1976b). Pero siempre son elementos de cada uno los que se ponen en operación y permiten posicionarse frente a las ofertas, a los llamados, a las imposiciones o a las vicisitudes de lo social, en la vía de solventar una existencia. Aún ante la extrema obligatoriedad se dilucida el sujeto, en un modo singular como cada uno accede y se instala en la guerra y, es preciso decirlo, nada hay más forzado que un enganche que implica lo inconsciente.

En una fabricación subjetiva que lo implica en su responsabilidad, cada uno se adscribe al discurso de la guerra de un modo que trasciende el sometimiento. Esta fabricación podrá dilucidarse en el consentimiento del sujeto, entramado con su ganancia irreductible que conjuga la satisfacción y sufrimiento. Es decir que el sujeto se somete y a la vez condesciende con su sujeción (Castro, 2005a).

La muerte como amo de la guerra, hermana desde el orden simbólico derivando en una estrecha semejanza entre quienes se sitúan en bandos opuestos. De modo paradójico, la mayor proximidad con el semejante puede lograrse en una relación de distancia infinita (Mayor, 2000). Para muchos será un hallazgo postergado hasta los tiempos en que se da fin a la contienda. Dobleados al comando de dar muerte, donde

en palabras de un combatiente “...la vida de uno depende de matar o morir...”, se instalan en la ocasión de causarla: dar muerte a otro, ofrecer la propia muerte (2005a). Amparado en las grandes causas, hermanado en su producto de destrucción, se vela el sujeto reducido a su goce, en la primacía de lo pulsional.

Así, el discurso de la guerra organiza en la disciplina militar, compromete el riesgo de la vida y sitúa ante la experiencia de dar muerte a otro. El meollo del asunto radica entonces en el modo como cada quien se posiciona frente a los ofrecimientos o exigencias y, particularmente en el vínculo que establezca con la lógica propuesta por la guerra.

Cada quien organiza sus identificaciones, su adhesión y su beneficio en el despliegue de las destrezas, la temeridad y la osadía. Pero, así mismo, queda conminado al deber y a la obediencia, pues como dice un combatiente “... si uno no cumple... arriesga la vida...” . El momento decisivo será entonces, para cada uno, cuando condescienda con la lógica de la guerra, instalándose como actor de destrozo y sufrimiento, en el punto que convoca al acto mortífero (Castro, 2005b).

Asentándose en la desmesura propia de la contienda bélica, en la trasgresión de las regulaciones y los límites, ahora avaladas, y a la vez, amparado en el deber, cada uno despliega su apuesta. Autorizado en el discurso de la guerra, usufructúa los privilegios que otorga la condición de combatiente. Es una responsabilidad subjetiva que a cada quien lo implica en sus actos y también en su provecho de la guerra. Pero subsumido en el colectivo podrá aliviarse el oneroso sentimiento de culpa, pues al igual que en la ceguera del amor, uno puede dar lugar a los actos más ignominiosos sin remordimientos (Freud, 1976c).

En un escenario de hostilidad desenfrenada, aparece así mismo la tentativa de regulación. Es un intento por cercar, por circunscribir su traza sobre los cuerpos, el cuerpo del sujeto, el cuerpo social, o dicho de otro modo, es el empeño por regular el exceso del exceso.

Aún en la actualidad, puede verificarse el esclarecimiento de Freud (1976b), sobre la necesidad de destruir al enemigo que no se ve debilitada o desviada por el avance de la civilización. Este enunciado que concuerda con los planteamientos tempranos de Clausewitz (1992), es retomado por Ignatieff para aclarar que la idea de una guerra “civilizada” constituye en lo esencial una noción paradójica (Ignatieff, 1999, p. 109). La guerra, como exceso permitido y ordenado, cada vez es nuevamente una demostración encarniza-

da e inmisericorde de ferocidad y poderío, una escenificación del destroz de los cuerpos y exhibición de sangre (Castro, 2001).

Los distintos intentos de regulación formal orientados a evitar que la guerra sea un desborde descarnado de violencia tienen escasos logros, pues siempre hay la posibilidad de legitimar la desmesura. Los empeños persistentes de restricción, conocidos como normas internacionales, no debilitan realmente su poder ni logran regular el alcance desmedido del destroz, poniendo en evidencia lo infructuoso de cualquier tentativa de contención del exceso (Castro, 2005a).

3. LA OCASIÓN DE LA MUERTE

Clausewitz y Lacan concuerdan en sus advertencias acerca de lo imponderable en los cálculos de la guerra, cuando se trata de perfilar al vencedor: quien no se detiene ni retrocede frente al derramamiento de sangre por extremo que sea, así como aquel que goza con hacerse matar, obtiene la ventaja. (Castro, 2005a). Uno y otro, se exponen radicalmente en el encuentro fascinante con la muerte que convoca al sujeto en su acto, al arrojamiento desmedido en su extrema osadía.

En su exhibición histriónica, la conflagración bélica no se satisface con doblegar o desarmar a la contraparte, sino que convoca a darle muerte. Más aun, como si hubiese algo más execrable que matar a otro, con el franqueamiento de la vida se abre campo a la sevicia que se revela en el ensañamiento, sometiendo al sufrimiento y al destroz.

Sin embargo, como un modo de esquivar el acto de dar muerte, en la guerra se recusa el significante que puede decirlo; así, no se habla de matar. En un intento por velarlo o, más bien, opacando la implicación subjetiva, en el ámbito bélico se acude comúnmente a formularlo como “dar de baja”. Es un desmentido que le quita la gravedad y exime de cualquier reparo (Castro, 2005a). Reducido a nada, resulta un acto sin sujeto que sólo se conjuga en un modo impersonal, pues es más fácil dar curso a la violencia cuando ésta no se presenta como propia sino como ordenanza que conmina. Salvo en casos extremos de la desmesura, el acto no se individualiza y, por lo mismo, usualmente no se enuncia un crimen ni un criminal.

En la rutina que llega a tomar la forma del oficio, el oficio de la guerra, se da ocasión a la degradación del semejante que procede a la indiferencia radical, esto es, a ignorar al otro en su ser subjetivo, en su humanidad.

La destitución del semejante de su lugar de sujeto instala al actor de muerte en el circuito de la destrucción, destituyéndolo a su vez de la dignidad de sujeto. No es propiamente una deshumanización; es la degradación que compromete una expresión intrincada y paradójica de su humanidad (Castro, 2005a). Cabe recordar que ningún otro ser viviente, salvo el hombre, se deleita en hacer daño a otro hombre en circunstancias que no atienden a una necesidad vital.

El discurso de la guerra deponen radicalmente las amarras culturales y el límite, aprisiona en la lógica de la muerte e instala en la transgresión, hallando un motor en el sin límite de la muerte. Capturado en lo siniestro, el sujeto queda atrapado en la mirada aterrida que ineludiblemente revela su marca de horror.

Podemos ahora enunciarlo con las palabras de Oriana Fallaci:

La eterna historia, la eterna novela del Hombre que en la guerra se manifiesta en toda su verdad. Porque, desgraciadamente, nada revela como la guerra. Nada excita con tal fuerza su belleza y su fealdad, su inteligencia y estupidez, su bestialidad y su humanidad, su valor y su cobardía, su enigma (Fallaci, 1992, p. 182)

4. TRAZAS Y DESTINOS

La experiencia de la guerra abre, así mismo, la ocasión de la perplejidad del sujeto encarado a su acto. A su manera, lo dice alguien que fue combatiente¹:

La escuela militar nos adiestró para el combate... afianzó nuestra moral combativa con argumentos ideológicos... Cultivó nuestros valores indispensables en la batalla... pero nadie nos dijo qué hacer con los sentimientos de asombro y de dolor frente a la destrucción causada por uno mismo, nadie nos contó que la maquinaria de la guerra avería el alma, que en momentos es mejor morir que sobrevivir con una carga tan pesada. Nadie dijo nada... (Vásquez, 2000, p.224).

Para cada sujeto, la guerra llega a su final cuando renuncia al discurso guerrero y con ello a la postura enaltecida y al poderío que aglutina formando colectivo. Abdicar de la omnipotencia y de la pretendida integridad, convoca una quiebra de la consistencia del referente que conlleva enfrentarse al vacío. Es el ocaso

¹ María Eugenia Vásquez. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá, Colcultura, 2000, p. 224.

del “héroe” a lo cual queda avocado cada uno cuando se desanuda de su causa mortífera. (Castro, 2005c). En lo fundamental, se trata de un paso *íntimo* que implica una pérdida subjetiva, cuyos efectos perfilan la tragedia de aquel que durante un tiempo sólo ha sabido del oficio de la guerra, como trasfondo del drama que se inaugura cuando la contienda bélica termina o cuando se sale de ella. (Castro, 2001).

De la guerra nadie sale incólume, pues allí el sujeto se juega su destino; es una apuesta que deja marcas imborrables y en su final resta como cicatriz. Todo sujeto allí partícipe, exponiéndose y exponiendo a otros al destrozo, quedará sometido a la perennidad de sus huellas que en cada uno harán de ésta una experiencia sin fin. De allí el alcance del significante *excombatiente*, como un título que, según Jacques Lacan, al igual que el de padre, ineludiblemente opera hasta el final de la vida (Lacan, 1992).

Como escenario mortífero la guerra deja sus trazas de escombros y destrucción. Pero así mismo, “... destroza los lazos comunitarios entre los involucrados en el combate y deja como secuelas un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos.” Son las palabras de Freud para aludir al trascendente efecto de la guerra en el vínculo social y al costo que conlleva (Freud, 1976a, p.280). Más aun, cuando la condescendencia con la muerte y la destrucción implican a un conjunto social, lo signan irremediabilmente, como una impronta que hace historia y trasciende las generaciones, constituyendo una deuda imposible de saldar.

REFERENCIAS

- Bouthoul, G. (1971). *La guerra*. (J. Givanel. Traductora) Barcelona: Oikos-Tau. (Trabajo original publicado en 1971).
- Castro, M. C. (2001). *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Castro, M. C. (2005a). El teatro de guerra. Una puesta en escena del sujeto. *Desde el Jardín de Freud*, 5, 304-313.
- Castro, M. C. (2005b). La salida de la guerra: una apuesta subjetiva. Alcaldía Mayor de Bogotá, Hogares de Paso La Maloka & Corporación Unificada Nacional de Educación Superior. *Desmovilización, un camino hacia la paz*. Bogotá: Filigrana.
- Castro, M. C. (2005c). *Trasgresión, goce y profanación. Contribuciones desde el psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Clausewitz, K. (1992). *De la guerra*. (R. de Setaro. Traductor) Barcelona: Labor.
- Fallaci, O. (1992). *Inshallah*. Buenos Aires: Emecé Editores. (Trabajo original publicado en 1990).
- Freud, S. (1976a). De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras Completas*. T. XIV. (J. Echeverri. Traductor). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1976b). ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. T. XXII. (J. Echeverri. Traductor). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).
- Freud, S. (1976c). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras completas*. T. XVIII. (J. Echeverri. Traductor). Buenos Aires, Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Ignatieff, M. (1999). El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna. (P. Linares. Traductora) Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1998).
- Lacan, J. *Seminario 17. El reverso del Psicoanálisis*. (Texto establecido por J-A. Miller). Buenos Aires, Paidós, 1992 (Trabajo original publicado en 1991).
- Mayor, R. (2000) *Al comienzo la vida la muerte*. (I. Agoff. Traductora). Buenos Aires, Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1999).
- Traverso, E. (2001). *La historia desgarrada*. (D. Chiner. Traductor). Barcelona: Herder. (Trabajo original publicado en 1997).
- Vásquez, M. E. (2000). *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Colcultura.

